

Los ‘Cuadernos negros’ de Heidegger

Este primer volumen de la obra del filósofo no resolverá de una vez por todas la candente polémica del supuesto nazismo y antisemitismo de Heidegger.

ALBERTO CIRIA

MARTIN HEIDEGGER, *CUADERNOS NEGROS*, EDITORIAL TROTTA, MADRID, 2015.

En los últimos tres años ninguna publicación filosófica ha suscitado internacionalmente tanta expectación, tanto interés y tanta controversia como los primeros tomos de esos textos privados de Heidegger conocidos como *Cuadernos negros*, cuyo primer volumen en traducción castellana acaba de publicar la editorial Trotta. Esa polémica se desbordó del mundo académico y acabó siendo recogida y librada en los grandes diarios, medios de comunicación y redes sociales de varios países, sobre todo –desde luego– en Alemania y en Francia, pero también en España o en Estados Unidos. El más reciente episodio de esa polémica ha sido la disolución de la cátedra de fenomenología que Heidegger –y antes de él Husserl–

ocupaba en Friburgo. Llama la atención que el momento más candente del debate se alcanzó y los posicionamientos más enconados se adoptaron cuando la publicación todavía era inminente, a partir de ciertas filtraciones durante el proceso de edición. ¿A qué obedecía semejante expectación y controversia? Por un lado, el propio Heidegger había destacado la suma importancia de estos textos privados designándolos la “coronación” de sus obras completas, y había sembrado la expectación indicando que debían ser los últimos en ser editados. Pero sobre todo se esperaba que la edición de los *Cuadernos negros* aportara las pruebas irrefutables de una viva sospecha que desde hace al menos treinta años latía en el mundo académico: que Heidegger fue colaborador y simpatizante convencido del nazismo y antisemita, no solo a título privado sino como filósofo oficial. ¿Cómo es posible que quien probablemente fuera el pensador más importante del siglo XX empleara su genio especulativo en hacer una fundamentación ontológica del holocausto? En estos dos sentidos, y como nosotros asociamos espontáneamente el color negro con ciertas cualidades, el título de *Cuadernos negros* no podía ser más sugerente: máxime con semejantes antecedentes, ya antes de que estos textos estuvieran accesibles el título los revestía tanto del aura de lo enigmático como del halo de lo nefasto.

Ahora que la editorial Trotta acaba de publicar la edición castellana del primer volumen, ¿qué cabe decir de todo esto?

ASPECTOS FORMALES

Los *Cuadernos negros* representan una especie de diario filosófico personal y contienen anotaciones privadas que Heidegger fue haciendo, en paralelo a su magisterio académico y a sus publicaciones, desde 1931 hasta sus últimos años de vida. La extensión de las anotaciones es breve y varía de una única frase a unas pocas páginas. También el estilo y el tono varían desde pasajes esbozados y oscuros hasta posicionamientos perfilados, inequívocos y tajantes. En estas notas se enlazan las reflexiones más estrictamente teóricas con referencias a la situación personal y profesional del

filósofo y a acontecimientos tanto del día como epocales. El subtítulo de *Cuadernos negros*, por muy sugerente que sea, solo obedece al color de la tapa de los cuadernos donde se apuntaban las notas manuscritas. En este primer volumen se recogen los primeros cinco cuadernos, escritos entre 1931 y 1938.

CONTENIDO: LA GRANDEZA ESTÁ EN LOS COMIENZOS, EL RESTO ES DECADENCIA

Si de estos cientos de anotaciones que en cuanto a estilo, tema y extensión resultan tan dispares quisiéramos destilar una única tesis conductora que los enlaza y que tácita o explícitamente está omnipresente en el libro, la formularíamos así: *los desarrollos nunca están a la altura de los comienzos; la grandeza está en los amaneceres y toda evolución es siempre una decadencia*. Si tenemos presente esta idea, no nos resultará difícil encuadrar este primer volumen de los *Cuadernos negros* en el conjunto de la filosofía de Heidegger y, en general, en la historia de la filosofía; y por otro lado podremos intuir cuál pudo ser la relación de Heidegger con el nacionalsocialismo, así como entender cómo es que en sus obras, y en esta en concreto, encontramos pronunciamientos aparentemente opuestos, declaraciones tanto de profunda afinidad como de rechazo tajante, y cómo ha sido posible que tanto los detractores como los defensores de Heidegger encontraran en los mismos textos pruebas para sus respectivos posicionamientos.

Un término central en estos *Cuadernos negros*, que en realidad proviene ya de *Ser y tiempo*, es *Entwurf*, que se ha solido traducir como “proyecto”, pero que asimismo se puede traducir con plena legitimidad como “esbozo” (III/26-27). Entre un proyecto y un esbozo hay esta diferencia: un proyecto es el emplazamiento fijo en el futuro de una configuración que sin embargo ya está perfectamente definida –aunque no realizada– en el presente; un esbozo es la indefinición en el presente de una eventual configuración futura. Ahora bien: ¿la configuración forma parte de la realización del esbozo? ¿Se encierra en el esbozo la necesidad de ser definido? Desde la perspectiva de esta pregunta, proyecto y esbozo se perciben incluso como opuestos.

Para responder si el esbozo necesita ser definido, primero hay que responder una pregunta previa: ¿qué significa “definición”?

La palabra “definición” podemos tomarla en tres sentidos: 1) lo que una cosa es desde siempre; 2) lo que, en función de 1), una cosa está llamada a ser; 3) lo que, en función de 2), una cosa ha acabado siendo. Lo primero podemos llamarlo “ser”, lo segundo “esencia” y lo tercero “determinación”. Para ilustrarlo: nuestras madres nos quieren en función de lo que somos desde siempre y nunca hemos dejado de ser (1), nuestros padres nos quieren en función de aquello que estamos llamados a ser (2), y ambos, padres y madres, se decepcionan de nosotros en función de lo que hemos acabado siendo (3).

“Llegamos a ser quienes somos *siendo* como aquellos que hemos de llegar a ser”. (IV/41)

“Lo que ahora aún encierra en sí una fuerza para llegar a ser, tiene que crecer para entrar en un espacio que es propio suyo pero que primero tiene aún que surgir desprendiéndose”. (VI/61)

“En el esbozo siempre hay un quedar rezagado y siempre hay un sobrante”. (V/92)

En los pronunciamientos de Heidegger sobre los comienzos del pensamiento occidental, es decir, sobre Anaximandro, Parménides y Heráclito hasta Platón (V/120), se expresa la convicción de que la grandeza está en los despuntamientos y en los albores, y de que los desarrollos nunca están a la altura de los comienzos. Por eso, para volver a alcanzar la altura perdida, no se necesita una culminación –como podría haber proclamado Hegel “el consumidor” (II/103)–, sino un nuevo comienzo.

“Obedece a la esencia de la finitud del ser y de la existencia que lo que en cada caso se ha logrado quede siempre *por debajo* de la altura del planteamiento original. De ahí se sigue que siempre tengamos

que arrancar de *todo lo alto que podamos* y perseverar en este planteamiento, pues de lo contrario no habrá más que recaídas” (III/45).

En esta diferencia entre ser, esencia y determinación, o entre los tres sentidos de “definición” como lo que algo es desde siempre (1), lo que está llamado a ser (2) y lo que ha acabado llegando a ser (3), que vienen a corresponderse respectivamente con las dimensiones temporales de pasado, futuro y presente se cifra la condición finita y mortal del ser humano. Con una expresión tan plástica como dramática, Heidegger la llama “resquebrajamiento” (II/52). “Resquebrajamiento: derrumbamiento y sobreexcedencia”. (II/108)

Estos desacompasamientos otras veces se describen de forma más amable como “la consonancia de la distancia entre lo posible y la realidad” (III/93).

La constatación histórica de que la grandeza está en los comienzos y de que los desarrollos pierden altura, metafísicamente se expresa así: lo propio de la esencia y lo que ella necesita no es definirse ni consolidarse, sino irradiarse y campar (II/91). Somos más grandes por lo que estamos llamados a ser que por lo que hemos acabado siendo. La propia palabra “esencia”, *Wesen*, no es más que la substantivación del verbo “campar”, *wesen* (II/111). Campar es irradiar presencia pudiendo estar ausente.

Del mismo modo, todo lo que se ha pensado hasta ahora, en lugar de compilarlo, hay que ponerlo al servicio de lo que siempre queda todavía por pensar.

Diciéndolo con términos plásticos: el esbozo no necesita perfilarse. Como la representación pictórica de la definición es la figura, esa convicción también se puede formular así: de la esencia no forma parte la figura, o invirtiendo la formulación, y como decía Kandinsky, “la figura es inesencial”.

Esto no fue una ocurrencia de Heidegger. En los años diez a treinta del pasado siglo esto era una experiencia epocal que “estaba en el aire” y que Heidegger recogió y pensó a fondo. De hecho,

algo así viene a ser lo que encontramos en el arte abstracto que nacía en Alemania en aquella época: las esencias campando son manchas sin figura. Con términos de Heidegger: las esencias, para ser, no necesitan “constar” (V/38). Así es como muchos textos de Heidegger tienen carácter fragmentario y de esbozo.

LOS 'CUADERNOS NEGROS' EN LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA

Generalizando mucho, la filosofía es el pensamiento sobre estos tres sentidos de la definición, y su historia es un desarrollo de esa reflexión en el que alguno de los sentidos se va imponiendo sobre los otros o armonizando con ellos. Desde el debate griego entre lo que es de una vez por todas, lo que nunca acaba de llegar a ser y lo que siempre vuelve a ser de nuevo, y a través de las tradiciones medievales de las teorías sobre los sentidos del ser, sobre el acto y la potencia o sobre el hilemorfismo, el problema desemboca en la época moderna.

En Leibniz encontramos un equilibrio, o como él lo llama, una “armonía” entre el afán de determinar (que él también llama “particularizar”) y el avenimiento con lo indefinible. Esta “determinabilidad inacabable” (que un siglo después reencontraremos en Fichte), percibida como una armonía y no como un vértigo, y que en realidad constituye la esencia misma del barroco, es muy patente en todos los ámbitos del pensamiento de Leibniz: en su pensamiento matemático con el cálculo infinitesimal, con el cálculo de integrales, con el cálculo del número pi, etcétera. Lo que una fórmula matemática expresa es justamente el equilibrio entre lo definido y lo indefinible: su grafía es el lenguaje de los signos (que designan las funciones fijas) y las variables (que designan lo que solo se puede particularizar en casos concretos pero nunca absolutizar); en el pensamiento metafísico, con la noción de “mónada” y la relación entre ímpetu y particularización; en el pensamiento teológico, con la teodicea como equilibrio de pesos entre la existencia de Dios y la existencia del mal; en el pensamiento político, con la diplomacia como forma de equilibrar intereses enfrentados cuando no se puede reconciliarlos, etcétera.

Después de Hegel, en Nietzsche hallamos el encuentro entre lo apolíneo y lo dionisiaco descrito como una lucha. ¿Qué ha sucedido entretanto para que lo que era armonía acabe siendo una “contraposición entre ser y hacerse” (II/65)? La absolutización de la determinación: Hegel, en quien el uso del verbo “determinar” se vuelve ya obsesivo. Las determinaciones ya no son las formas previas que luego se imponen a lo indefinido sin alterarse ellas mismas (Kant), sino una íntima vocación de identidad de lo inicialmente amorfo.

En la distinción que Freud establece entre el ello, el yo y el “yo superpuesto” (el término “superyó” es equívoco) reconocemos la diferencia entre lo que fuimos desde siempre e incluso antes de llegar a ser quienes somos, quienes hemos acabado siendo y lo que se espera que lleguemos a ser.

Estas son solo, muy sumariamente esbozadas, unas pocas estaciones importantes en la historia de una empresa que dura milenios y que los *Cuadernos negros* retoman, posicionándose del modo que ya hemos comentado. Esa empresa es resolver un problema, dirimir un debate y fallar un litigio, pero sobre todo es afrontar una misión (III/26).

Y así como en los textos de Hegel tiene una recurrencia extenuante la palabra “determinación”, *Bestimmung*, en los de Heidegger aparece desde el principio y cada vez más la palabra “temple”, “estado de ánimo”, “sintonía”, *Stimmung*, que significa justamente el sentimiento de incardinación y de compenetración. La diferencia entre “determinación” y “sintonización” Heidegger la remarca haciendo contrastar los términos, casi idénticos, de “Bestimmung” y “Be-stimmung”. Quizá aquí se está repensando esa condición humana que en *Ser y tiempo* se había llamado “haber sido arrojado” y “hallarse”, pero esto sería tema de un estudio propio.

LOS 'CUADERNOS NEGROS' Y EL... ¿NAZISMO?

En este primer volumen de los *Cuadernos negros*, y quizá en toda la obra de Heidegger, no se menciona ni una única vez la palabra “nazismo”. La palabra que Heidegger emplea es “nacionalsocialismo”.

¿No es lo mismo “nazismo” que “nacionalsocialismo”? No. El “nazismo” es esa determinada configuración histórica del nacionalsocialismo en la que acabó desembocando el NSDAP. El nazismo es lo que el nacionalsocialismo acabó siendo en 1939, pero no forzosamente lo que estaba llamado a ser en sus comienzos. En los primeros años treinta, lo que nosotros entendemos hoy por “nazismo” aún se estaba configurando. Salvando todas las distancias y diciéndolo de forma provocativa, podría ser que entre el nacionalsocialismo y el nazismo hubiera una diferencia análoga a la que hay entre el comunismo tal como Marx lo manifestó y el “archipiélago Gulag” o, por poner un ejemplo de actualidad muy candente, entre el Islam y el terrorismo islámico.

Repetimos la pregunta: ¿cómo es posible que quien probablemente fuera el pensador más importante del siglo XX se pusiera –al menos temporalmente– al servicio del nacionalsocialismo? Porque no es una cuestión de talla, sino de talante. En unos años en los que el nazismo, tal como acabó siendo y como nosotros lo conocemos hoy, todavía estaba cobrando forma, Heidegger se pudo entusiasmar con el nacionalsocialismo por la proclamación de lo comunitario (socialismo) y del arraigo (nacionalismo) y, juntando ambos términos, de la “incardinación”, un término este que es central en los *Cuadernos negros* y que ya no dejará de serlo hasta el final (II/15). Nacionalsocialismo no como el resultado y la consecución finales de un proceso largo y arduo, sino como la ebullición y el despuntamiento iniciales, la erupción y la irrupción incoativas de fuerzas antiquísimas pero hasta ahora ocultas y latentes, dormidas y aletargadas.

Precisamente los *Cuadernos negros* nos enseñan a no caer en la falsa oposición entre “la sangre y el suelo” y “lo universal” (II/45, III/27). Toda apertura a una amplitud, y más que nunca a la amplitud máxima, solo es posible desde un arraigo, o diciéndolo inversamente, el arraigo en el suelo y la pertenencia a una sangre están en función de una apertura a lo universal y no de un rechazo de lo distinto (III/95). Aparte, constatamos que Heidegger ironiza con la expresión

“la sangre y el suelo” asociada al nazismo (III/115, VI/59). Leyendo estos *Cuadernos*, entendemos que el sentimiento de arraigo no hay que tomarlo como una afirmación y una determinación excluyentes, sino como el reconocimiento agradecido de una deuda insalvable hacia aquello que nos fue dado antes de que nosotros llegáramos a ser.

Así se puede explicar lo que a primera vista nos desconcierta: que en los *Cuadernos negros* se mezclan enardecidas confesiones de adhesión a un nacionalsocialismo ontologizado pero incipiente con distanciamientos inequívocos y a veces tajantes hacia mucho de lo que Hitler ya representaba (III/52).

DE 1933 A 1934. EL AÑO DEL RECTORADO Y SU REFLEJO EN LOS 'CUADERNOS NEGROS'

En 1933 Heidegger toma posesión del rectorado de Friburgo, si no de forma entusiasta y optimista, desde luego sí de manera convencida (III/4). A los pocos meses sucede una renuncia irreversible y amarga. ¿Qué ha sucedido en ese año?

En ese año ha sucedido que Heidegger sufre con toda amargura, dentro del entorno universitario, la diferencia entre lo que el nacionalsocialismo estaba llamado a ser y aquello en lo que el “nazismo” estaba empezando a convertirse. Esa amargura él la describe, ya en 1934, como la experiencia de un “fracaso” (III/85), de un “gran error” (III/144) y de una universidad que llega a su “final irremisible” (III/74).

Para un pensamiento nacionalsocialista, las universidades tendrían que ser centros de formación para el saber (III/47), centros sobre todo compenetrados con el pueblo (III/61), llenos de alumnos deseosos de aprender y de venerar, y los profesores tendrían que ser formadores para el saber al servicio del pueblo que no solo deberían capaces de enseñar, sino que, antes que eso, deberían ser capaces de aprender y de guardar silencio (III/128).

Con lo que nosotros llamamos “nazismo”, las universidades se estaban convirtiendo en centros de formación profesional (III/134) que preparaban para facilitar una colocación cuanto antes mejor (III/113), llenas de alumnos resabiados que con 20 años ya han aprendido a

refutar a Kant y a Hegel, y los profesores se estaban convirtiendo en competidores a la búsqueda primero de un puesto de trabajo fijo y luego de prestigio profesional (III/57) revestido de un aspecto de “cientificidad” que se quedaba en apariencia. Una vez conseguido el puesto y el prestigio, los profesores querían, sobre todo, que no se les molestara y que les dejaran en paz (VI/72). Literalmente con estos términos describe Heidegger en los *Cuadernos negros* el panorama universitario durante su rectorado. Cuál es toda la distancia entre aquel mundillo universitario y el nuestro es una cuestión sobre la que cada lector tendrá que reflexionar por sí mismo.

DE 1934 A 1938

Heidegger percibe en su versión histórica el mismo proceso que en su versión filosófica había discurrido desde Anaximandro y Parménides hasta Platón: que las esencias, que amanecen caminando en toda su grandeza como esbozos, al configurarse y cristalizarse en ideas pierden altura y decaen.

“Los comienzos, al retirarse, solo dejan abandonado el inicio como una máscara suya”. (IV/92)

Esas “máscaras” muchas veces son ideas cristalizadas pero reseca y sin vida. A eso es a lo que, en ocasiones, Heidegger llama despectivamente “valores” –acaso tomando el término de Nietzsche–, y no a los principios que nos mueven, como a veces se ha dado a entender equivocadamente sugiriendo una especie de “inmoralismo” que en realidad no viene al caso.

Esto no significa que Heidegger haga una lectura nacionalsocialista de la filosofía griega ni, a la inversa, que haga una lectura griega de su época. Significa que en ambos casos asiste a un mismo proceso ontológico que va más allá de lo meramente especulativo y de lo meramente político, y que por eso se lo puede llamar “metapolítica” (III/9).

CONTEXTUALIZACIÓN

Los contemporáneos de una época y los habitantes de un mundo hablan todos el mismo lenguaje, se comunican esbozando los mismos

gestos y piensan usando la misma lógica, y por eso cuando nosotros los leemos décadas o siglos más tarde nos parece que dicen todos lo mismo, que ponen las mismas caras y que piensan todos igual. Solo al cabo de un fatigoso proceso de contextualización y ahondamiento empezamos a discernir. Por poner un ejemplo que nos afecta a nosotros: cuando leemos a Gerardo Diego, tan patriótico y españolista, tan católico y mariano, ¿cómo no ha de sonarnos eso a franquismo militante? ¿Y sin embargo, hay antípodas más lejanas de toda dictadura e imposición que la cálida ternura inagotable del poeta santanderino?

Ya hemos prevenido de no caer en la falsa oposición entre “la sangre y el suelo” y “lo universal”, de no malcomprender el sentimiento de arraigo tomándolo como una afirmación excluyente en lugar de como un reconocimiento agradecido de lo que se nos otorgó antes de que llegáramos a ser y a cambio de nada, y de no identificar precipitadamente “nacionalsocialismo” y “nazismo”.

Una última recomendación para hacer justicia a este primer volumen de los *Cuadernos negros* es situarlo en el lenguaje y en las gesticulaciones de su época. Qué grande es la originalidad del pensamiento y de la expresión de Heidegger, y qué grande es la deuda con su época; ambas cosas se aprecian y valoran del mejor modo leyendo otros textos contemporáneos, ya sean filosóficos, científicos, periodísticos o literarios. Pero incluso leyendo *Ha vuelto*, esa desternillante parodia del lenguaje weimaresco de los años treinta, uno comprende qué honda, pero también qué superficial, es la comunidad lingüística. Esa es precisamente la función de la parodia: distorsionar el reflejo del fondo en la superficie desacoplándolos para dejar en evidencia a ambos.

Hay términos que, aunque introducidos por el nacionalsocialismo, una vez puestos en circulación pasaron a ser luego moneda corriente, a diferencia de otros términos que, justamente porque no se desprendieron de sus connotaciones, cayeron luego en desuso.

En nuestro caso pondremos aquí solo un ejemplo muy significativo. En estos *Cuadernos negros* la palabra “Führer” tiene tres acepciones: 1) como epíteto de Hitler; 2) como nombre común, “dirigente” o “gestor” en su acepción más amplia; 3) como nombre común en

el contexto del nacionalsocialismo, “dirigentes” o “mandos”, según aparece en nombres compuestos como “la voluntad de los dirigentes” o “las escuelas de dirigentes”. En cada caso en que la palabra aparezca habrá que determinar en cuál de los tres sentidos se la está empleando. Quizá apenas en dos ocasiones la palabra se emplea como epíteto de Hitler, y solo durante los primeros años.

Esta recomendación de contextualizar no reemplaza un enjuiciamiento —que tras este primer volumen de los *Cuadernos negros* sigue quedando pendiente— ni menos aún pretende una exculpación, sino que precisamente busca poner en las mejores condiciones para enjuiciar.

IMPORTANCIA DE LA DIVULGACIÓN DE LOS 'CUADERNOS NEGROS'

Este primer volumen de los *Cuadernos negros* no resolverá de una vez por todas la candente polémica del supuesto nazismo y antisemitismo de Heidegger. Defensores y detractores seguirán encontrando sus pruebas. Quizá los volúmenes posteriores aportarán pruebas más concluyentes que nos permitirán juzgar con más base. Hasta entonces, tanto por el tono privado en el que están escritos, como por la extensión de tiempo que abarca (de 1931 a 1938) y por el formato breve de las anotaciones que lo componen, el cual facilita la lectura y la comprensión, este primer volumen representa un testimonio valiosísimo y una fuente imprescindible para encuadrar y contextualizar la cuestión particular de la implicación de Heidegger en el nacionalsocialismo, pero sobre todo para plantear la cuestión general de *la relación entre las fuerzas históricas, la condición existencial del hombre como individuo y como comunidad, los desarrollos filosóficos y las configuraciones políticas*.



ALBERTO CIRIA ES FILÓSOFO.